

Magnetoterapia: al filo de lo imposible

Hace pocas semanas, se publicaba en prensa la advertencia de Sanidad sobre la detección de prácticas fraudulentas en la venta de aparatos para el tratamiento de magnetoterapia.

Este tipo de tratamiento médico ha estado, desde su nacimiento, rodeado de un alto grado de incertidumbre sobre sus efectos reales.

Es cierto que la utilización de los Campos Electro Magnéticos Pulsantes en los campos de la traumatología, la ortopedia y la reumatología lleva años aplicándose, y que existen investigaciones que apuntan a efectos equivalentes en otras áreas de la medicina. Sin embargo dista mucho de estar plenamente establecido y esclarecido el mecanismo, alcance de efectos, limitaciones de uso y posibles efectos secundarios.

Lógicamente estamos hablando de campos pulsantes, generados por sistemas complejos que permiten establecer la potencia y frecuencia del campo. Quizás por ese mismo motivo las interrogantes son tantas y nuestro desconocimiento tan grande. Por supuesto, no podemos descartar que en un futuro, tras los necesarios y complejos procesos de investigación y experimentación, dispongamos de un tratamiento complementario a los existentes en distintas enfermedades.

Pero una cosa es tener expectativas ante el futuro uso de una nueva técnica, y otra dar por sentado que cualquier campo magnético, incluido el imán de la nevera, es un "curalotodo" capaz de remediar cualquier enfermedad, incluido el cáncer.

Y en esa "tierra de nadie" que media entre los hechos científicamente probados y el claro e inequívoco delito de fraude, pululan infinidad de avispados y emprendedores empresarios que están dispuestos a vendernos la pócima de la salud eterna. Desde pulseras a pequeños aparatos electrónicos, pasando por anillos, colgantes y un sin fin de artilugios, se nos ofrece la solución a todas nuestras dolencias, tanto físicas como emocionales, ya que, según sus promotores, sus artículos restituyen el "equilibrio energético" que ahora tenemos desestabilizado (signifique eso lo que signifique)

Los vendedores de fantasías saben muy bien que en su propaganda no pueden faltar dos palabras: magnetismo y energía. Son dos palabras mágicas que convierten cualquier objeto, simple e inútil, en el portador de las más profundas capacidades, que podemos definir según nos convenga. En este caso concretadas en la sanación de enfermedades.

Por supuesto el sentido dado a dichas palabras nada tiene que ver con su definición real. Es en realidad un sentido trascendente y casi espiritual el que se les da. En realidad el magnetismo es un fenómeno físico por el que los materiales ejercen fuerzas de atracción o repulsión sobre otros y tiene su fuente en el campo electromagnético creado por las cargas en movimiento. Nada que ver con fuerzas ocultas y misteriosas. En cuanto a la palabra energía, se define en física como la capacidad de realizar un trabajo, y existen distintas unidades de valoración de la misma, según estemos hablando de energía térmica, eléctrica, cinética, potencial,...Pero, al fin y al cabo, es un valor físico y medible.

Claro está que si nos limitáramos a los significados objetivos de dichas palabras, escaso margen quedaría para tanto embaucador como hay por el mundo. De ahí que los significados alternativos e indefinidos estén tan extendidos en uso. Mediante dicho uso es posible arropar la oferta de esos cachivaches, que deben sanarnos y eliminar todas nuestras preocupaciones, mediante un lenguaje pseudo técnico y "trascendente".

La concepción que del magnetismo se utiliza en los ambientes dominados por la pseudociencia es más próxima al mesmerismo, o "magnetismo animal" que podríamos situar entre la hipnosis y la sugestión, y que recibe su nombre de Franz Mesmer (1733-1815).

Es verdad que siempre vamos a encontrarnos aquella persona que nos asegurará que ella es prueba viviente de los beneficios de estos remedios. Y además no nos está engañando, es totalmente sincera y honesta. ¿Debemos aceptar su testimonio como prueba fehaciente de nuestro error y de su verdad? En realidad, no.

Consideremos un medicamento, o un tratamiento. ¿Cómo podemos determinar su eficacia real? Lógicamente, por experimentación.

Pero para ello deberemos tener en cuenta varias cosas. En primer lugar, cualquier dolencia, incluidas las más terribles, tienen casos de remisión espontánea y de mejora relativa incluso sin tratamiento alguno. Por tanto deberemos descontar la proporción estadística de los casos esperados en que ello suceda. Si los incluyéramos en el cómputo total de curaciones estaríamos falseando los resultados, dando una eficacia al tratamiento que en realidad no tiene.

Por otra parte es sobradamente conocido el efecto placebo, por el cual se producen curaciones por sugestión del enfermo. Para evitar su efecto en la experimentación se aplica el método llamado de "doble ciego", por el que al grupo sobre el que se realiza el experimento es dividido en dos. Uno de ellos recibe el fármaco a experimentar, mientras el otro recibe un placebo inocuo. Sin embargo, ni pacientes

ni experimentadores saben a que grupo pertenece cada paciente (de ahí el nombre de "doble ciego"). El objetivo es que el grupo que recibe el placebo sirva para descartar las curaciones no inducidas por el tratamiento experimentado. Habrá curaciones en este grupo, pero si el tratamiento es realmente eficaz, deben ser considerablemente menores que en el grupo que recibe el tratamiento real.

Así pues, la experiencia personal de quien nos afirma, nos garantiza, que ha obtenido mejoría (o se ha curado totalmente) mediante el uso de algún artilugio con poderes milagrosos, no es prueba de nada. Puede ser consecuencia del efecto placebo, o de una remisión espontánea de la enfermedad (o de los síntomas).

Un planteamiento se expone con cierta frecuencia. ¿Qué importa que la curación sea debida al efecto placebo? Si de hecho se produce ¿Qué importancia tiene la causa? ¿No deberíamos permitir el engaño si a la postre es beneficioso? A primera vista parece carecer de importancia la fuente de la curación, ya que lo importante es que esta se haya producido, no lo que la haya causado. Sin embargo este razonamiento es perverso porque no tiene en cuenta a todos aquellos que no han tenido beneficio alguno.

Por una parte tanto unos como otros han obtenido sus resultados de la realización de un acto fraudulento, de un engaño. Y si bien una proporción de ellos han salido beneficiados, otros son claros perjudicados. Por otra parte la confianza en estos falsos medios actúa en muchas ocasiones como inhibidor de soluciones probadas, con lo que los perjudicados lo son doblemente, por la estafa propiamente dicha y por haber renunciado a posibles tratamientos eficaces.

En el caso de la magnetoterapia estamos ante una situación ambivalente. Por un lado hay fundamentos para asegurar su relativa eficacia y su futuro perfeccionamiento. Por otro, multitud de "espabilados" hacen su agosto ofreciendo productos y tratamientos claramente falsos. La frontera entre la verdad y la mentira puede llegar a ser muy difusa.